

CASA DE CAMBIOS. POR EL UNO POR MIL DE COMISION SE CAMBIAN BILLETES A ORO ORO A BILLETES. FRANCISCO ALEJO DE LA TORRE Y CA. CALLE DE MERCADERES, ENTRE OBISPO Y OBRAPIA.

PRENSA ASOCIADA DE LA HABANA. TELÉGRAMAS. Nueva York, junio 21. Ha llegado hoy procedente de la Habana el vapor americano Columbus.

S. S. el Papa al recibir las comisiones que vinieron a congratularle con motivo de ser aniversario de su elevación al trono pontifical, dijo que los rumores de conculación del Vaticano con el gobierno de Italia eran totalmente infundados; declaró que la conculación, sobremanera, era el maravilloso incremento de afecto y devoción hacia la Iglesia que se notaban en todo el mundo católico.

El Nord, de Bruselas, dice que una nota recibida de Alemania da las gracias al gobierno belga por sus últimas comunicaciones y que esto da fin a las recientes cuestiones entre ambos gobiernos del modo más amigable.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

NOTICIAS MERCANTILES. Nueva York, junio 21, a las 5 1/2 de la tarde. Oro 177. Plata 160. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05. Metales preciosos 15.05.

HABANA 22 DE JUNIO DE 1875.

EL ESCANDALO DEL ORO.

Cuando unos pocos hombres sin conciencia iniciaron aquí el juego de la alza y baja del oro que tan tristes resultados produjo, denunciaron el hecho y manifestaron que a medio tiempo las malas artes de que se valían los especuladores para llenar sus arcas a costa de las gentes honradas y laboriosas de esta sociedad, y señalamos los graves males que había de traerlos aquel abuso si con tiempo no se le ponía coto. La serie de artículos que con tal motivo escribimos, la intitulamos "La especulación del oro." Nuestras predicciones se cumplieron; como nadie lo ignoraba; y si el oro bajó después, gracias a las medidas tomadas por el Gobierno y a las ventajosas dñitivamente obtenidas sobre los rebeldes, esto fué a despecho de los especuladores, que hicieron cuanto estuvo en su mano para mantener alto su precio. En estos hombres funestos han rebozado sus esfuerzos, y han conseguido de nuevo sembrar la desconfianza en el público; y si con tiempo no se pone coto a sus manejos, antes de muchos días habrán vuelto a introducir el pánico en la plaza, y los resultados pueden llegar a ser más desastrosos de lo que antes fueron. Porque ahora, como suele decirse, *lleva ya por su cuenta*. El comercio no se ha recobrado aún de los golpes que recibió entonces, y no se encuentra con la robustez que al principio para sufrir una nueva tormenta, que por necesidad habrá de traer grandes desastres.

Hay la especulación se ha convertido en un verdadero escándalo. La Habana se ha convertido en una inmensa banca de juego que en gran parte se halla en manos de verdaderos *falleros*; y la inmundicia ha llegado a tal extremo, que las transacciones legales, necesarias, concienzudas y bien calculadas, que son la vida de los pueblos cultos, todas, absolutamente todas, están subordinadas a las repetidas jugadas de los indiguitos falleros. Esta es una verdad que todos palpitan, y que nadie osará negar; y fácil es comprender los inmensables perjuicios que con esto se irrojan a esta sociedad.

Pendientes los hacendados de estas jugadas, han renuncado por sus azúcares preciosos tan aceptables en meses pasados como ruinosos hoy; resultando de todo esto que nos encontramos actualmente con una existencia excesiva de aquel fruto, y que faltando los especuladores que por cuenta de sus remesas seculares hacían por el azúcar, suban los cambios o se exporte el oro que tenemos en circulación, para consumir la obra de trastorno y ruina a que tienden los jugadores.

Las pérdidas que la depreciación de aquel fruto ocasiona al país de un mes a esta parte, son difíciles de calcular, pero son muy grandes y empeoran la situación de una manera sensible. Al precio que hoy está el cambio de las letras, tiene ya más cuenta llevarse el oro; y há aquí que si pronto no se contiene el mal, volveremos a retroceder a los peores tiempos de nuestra situación económica, y vendrá a fallar por completo la marcha benéfica que se había propuesto la Superior Autoridad, y en la cual tan de lleno hicimos entrando.

El remedio que irrocamos es imposible. Ni mucho menos, y esto es lo que comprende fácilmente al estudiar atentamente de donde mana el mal que nos aflige. No depende esto de ninguna causa natural y legítima: depende únicamente del vicio que ha tomado la especulación, y muy especialmente de la manera como se realiza y de la clase de agentes que la realizan, todo lo cual constituye un verdadero escándalo que no se concibe como puede ser tolerado.

Consistiendo hoy las utilidades de la especulación en las diferencias que pueda haber de un momento a otro en el valor del oro, el negocio se hace casi por completo por medio de contratas a plazo. Así es que hombres cuyo capital no pasa de cuatro o cinco mil pesos, se lanzan con la mayor frecuencia a contratar seis o setecientos mil pesos, ya comprándolos, ya vendiéndolos, con tal que sea al plazo de uno o dos meses. De esta suerte, hombres sin respetabilidad, sin educación, sin recursos, y lo que peor es, sin moralidad, son los que trastornan la plaza y producen esas oscilaciones que tanto y tan grandes perjuicios causan. Anteayer en una de las esquinas de la calle de Mercedes, un sujeto de aspecto nada favorable decía a otro con quien estaba conversando: "Si para fin de julio el oro no está a menos del 85, la operación me producirá una utilidad de más de sesenta mil pesos."

Preguntamos quien era aquel sujeto, suponiéndolo, como era natural, un gran capitalista; y se nos informó que era el dueño de una pequeña bodega, y que todo su capital lo tenía en el oro.

El remedio que irrocamos es imposible. Ni mucho menos, y esto es lo que comprende fácilmente al estudiar atentamente de donde mana el mal que nos aflige. No depende esto de ninguna causa natural y legítima: depende únicamente del vicio que ha tomado la especulación, y muy especialmente de la manera como se realiza y de la clase de agentes que la realizan, todo lo cual constituye un verdadero escándalo que no se concibe como puede ser tolerado.

Consistiendo hoy las utilidades de la especulación en las diferencias que pueda haber de un momento a otro en el valor del oro, el negocio se hace casi por completo por medio de contratas a plazo. Así es que hombres cuyo capital no pasa de cuatro o cinco mil pesos, se lanzan con la mayor frecuencia a contratar seis o setecientos mil pesos, ya comprándolos, ya vendiéndolos, con tal que sea al plazo de uno o dos meses. De esta suerte, hombres sin respetabilidad, sin educación, sin recursos, y lo que peor es, sin moralidad, son los que trastornan la plaza y producen esas oscilaciones que tanto y tan grandes perjuicios causan. Anteayer en una de las esquinas de la calle de Mercedes, un sujeto de aspecto nada favorable decía a otro con quien estaba conversando: "Si para fin de julio el oro no está a menos del 85, la operación me producirá una utilidad de más de sesenta mil pesos."

Preguntamos quien era aquel sujeto, suponiéndolo, como era natural, un gran capitalista; y se nos informó que era el dueño de una pequeña bodega, y que todo su capital lo tenía en el oro.

El remedio que irrocamos es imposible. Ni mucho menos, y esto es lo que comprende fácilmente al estudiar atentamente de donde mana el mal que nos aflige. No depende esto de ninguna causa natural y legítima: depende únicamente del vicio que ha tomado la especulación, y muy especialmente de la manera como se realiza y de la clase de agentes que la realizan, todo lo cual constituye un verdadero escándalo que no se concibe como puede ser tolerado.

Consistiendo hoy las utilidades de la especulación en las diferencias que pueda haber de un momento a otro en el valor del oro, el negocio se hace casi por completo por medio de contratas a plazo. Así es que hombres cuyo capital no pasa de cuatro o cinco mil pesos, se lanzan con la mayor frecuencia a contratar seis o setecientos mil pesos, ya comprándolos, ya vendiéndolos, con tal que sea al plazo de uno o dos meses. De esta suerte, hombres sin respetabilidad, sin educación, sin recursos, y lo que peor es, sin moralidad, son los que trastornan la plaza y producen esas oscilaciones que tanto y tan grandes perjuicios causan. Anteayer en una de las esquinas de la calle de Mercedes, un sujeto de aspecto nada favorable decía a otro con quien estaba conversando: "Si para fin de julio el oro no está a menos del 85, la operación me producirá una utilidad de más de sesenta mil pesos."

Preguntamos quien era aquel sujeto, suponiéndolo, como era natural, un gran capitalista; y se nos informó que era el dueño de una pequeña bodega, y que todo su capital lo tenía en el oro.

El remedio que irrocamos es imposible. Ni mucho menos, y esto es lo que comprende fácilmente al estudiar atentamente de donde mana el mal que nos aflige. No depende esto de ninguna causa natural y legítima: depende únicamente del vicio que ha tomado la especulación, y muy especialmente de la manera como se realiza y de la clase de agentes que la realizan, todo lo cual constituye un verdadero escándalo que no se concibe como puede ser tolerado.

Consistiendo hoy las utilidades de la especulación en las diferencias que pueda haber de un momento a otro en el valor del oro, el negocio se hace casi por completo por medio de contratas a plazo. Así es que hombres cuyo capital no pasa de cuatro o cinco mil pesos, se lanzan con la mayor frecuencia a contratar seis o setecientos mil pesos, ya comprándolos, ya vendiéndolos, con tal que sea al plazo de uno o dos meses. De esta suerte, hombres sin respetabilidad, sin educación, sin recursos, y lo que peor es, sin moralidad, son los que trastornan la plaza y producen esas oscilaciones que tanto y tan grandes perjuicios causan. Anteayer en una de las esquinas de la calle de Mercedes, un sujeto de aspecto nada favorable decía a otro con quien estaba conversando: "Si para fin de julio el oro no está a menos del 85, la operación me producirá una utilidad de más de sesenta mil pesos."

Preguntamos quien era aquel sujeto, suponiéndolo, como era natural, un gran capitalista; y se nos informó que era el dueño de una pequeña bodega, y que todo su capital lo tenía en el oro.

El remedio que irrocamos es imposible. Ni mucho menos, y esto es lo que comprende fácilmente al estudiar atentamente de donde mana el mal que nos aflige. No depende esto de ninguna causa natural y legítima: depende únicamente del vicio que ha tomado la especulación, y muy especialmente de la manera como se realiza y de la clase de agentes que la realizan, todo lo cual constituye un verdadero escándalo que no se concibe como puede ser tolerado.

Por este estilo son la mayor parte de las operaciones que se hacen por contratas a plazo. Hombres que apenas tienen que perder y que van buscando una *chiripa* con que ganar mucho en un buen golpe, esos son los que por lo común las celebran con otros que suelen valer tan poco como ellos, y que andan buscando el mismo resultado. Pero sea lo que fuere del valor respectivo de los contratantes, y del carácter extraordinario y a menudo ridículo de las contratas, es lo cierto que ellas dan la ley al mercado, y que el precio del oro sube o baja al empuje de esas contratas y de los fantasmas que las celebran.

No hay una sola de esas contratas que tenga por objeto llenar una necesidad legítima del comercio: todas tienen por objeto la especulación. Y una vez hecha una, a fin de asegurar su resultado, se hacen otras muchas, y así en la tendencia que conviene al especulador, salvo luego el cumplimiento o no, según sea esta conveniencia. Muchas veces, a pesar de esto, el especulador no cumple, sino que se contenta con el lucro que le da el momento, y se aparta probablemente a las escalas de la especulación.

Esta especulación es tan mala, que no favorece a ningún ramo de la producción ni del comercio, y al contrario los perjudica a todos, sería muy fácil, si no hubiera cetero, por completo, por lo menos disminuir grandemente, con lo cual dicho se está que disminuirían también en gran proporción los males que ella causa.

Los hombres que se dedican a ella y la sostienen, son casi todos corredores intrusos que ejercen su profesión ilegalmente. En tiempo de la "gloriosa," el gobierno de Madrid expidió un decreto declarando libre el ejercicio de la correduría; pero este mal pensado decreto, que bien prácticamente hemos visto los malos efectos que producía, se ha dejado sin efecto, y las cosas han vuelto, en este particular, a su anterior estado. Por consiguiente, si esa libertad de profesión era legal antes de esta última disposición, hoy no lo es, y el mal uso que de ella se ha hecho y hacen todavía los que de ella se aprovechan, bien avería que, en cumplimiento de la ley, no se permita por más tiempo su continuación. Cúmplase la ley en este particular con todo rigor, y pronto se verá como va disminuyendo el escándalo del oro que tantos daños está causando.

Esto por lo que hace a los agentes intrusos. Con respecto a los especuladores le ma la ley, fácil sería también atarlos corto y disminuir sus ruinosas operaciones. La especulación licita el especulador del oro, que esos hombres lo hacen. Si se considerara tal vez esa especulación como un ramo permitido de comercio? Sea enhorabuena; pero entonces, supuesto que es lucrativo, que pague al Estado las contribuciones que todas las profesiones y ramos del comercio y de la actividad productiva pagan en la actualidad. ¿No es una anomalía que el ramo de especulación de comercio — si como tal hemos de considerarlo — manifestándose hoy y en el que, aparentemente por lo menos, tan grandes capitales se invierten, esté libre de toda contribución?

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

lano Colomero Sr. D. Rafael de Rafael, Director de La Voz de Cuba, y el Sr. D. José V. Foz, redactor del *Diario de la Marina*.

Después de cantarle un responso en la capilla del cementerio de la villa, fué depositado el féretro en la sepultura, despidiendo el duelo el Sr. D. José de Zúrate, padre político del difunto.

Descanse en paz?

A la greña.

Los especuladores de oro andan ya de tal modo, que si pronto no se les pone coto, sus abusos, desmanes y dislates acabarán especulación como al rosario de la naturaleza.

Anteayer anduvieron dos trompazos en medio de la calle de San Ignacio, de resultados de una operación en la que uno de ellos salió engañado.

Ayer se repitió una escena parecida en la calle de O'Reilly, pero la cosa salió algo más a la calca de la anterior.

Los hombres que se dedican a ella y la sostienen, son casi todos corredores intrusos que ejercen su profesión ilegalmente. En tiempo de la "gloriosa," el gobierno de Madrid expidió un decreto declarando libre el ejercicio de la correduría; pero este mal pensado decreto, que bien prácticamente hemos visto los malos efectos que producía, se ha dejado sin efecto, y las cosas han vuelto, en este particular, a su anterior estado. Por consiguiente, si esa libertad de profesión era legal antes de esta última disposición, hoy no lo es, y el mal uso que de ella se ha hecho y hacen todavía los que de ella se aprovechan, bien avería que, en cumplimiento de la ley, no se permita por más tiempo su continuación. Cúmplase la ley en este particular con todo rigor, y pronto se verá como va disminuyendo el escándalo del oro que tantos daños está causando.

Esto por lo que hace a los agentes intrusos. Con respecto a los especuladores le ma la ley, fácil sería también atarlos corto y disminuir sus ruinosas operaciones. La especulación licita el especulador del oro, que esos hombres lo hacen. Si se considerara tal vez esa especulación como un ramo permitido de comercio? Sea enhorabuena; pero entonces, supuesto que es lucrativo, que pague al Estado las contribuciones que todas las profesiones y ramos del comercio y de la actividad productiva pagan en la actualidad. ¿No es una anomalía que el ramo de especulación de comercio — si como tal hemos de considerarlo — manifestándose hoy y en el que, aparentemente por lo menos, tan grandes capitales se invierten, esté libre de toda contribución?

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

Se preguntará tal vez si es posible imponerle. Nosotros creemos que no es posible, sino hasta muy fácil, como posiblemente habiendo, imponiéndose severamente la obligación de que cada contrata lleve a su sello correspondiente, y hágase que el valor de este sello sea proporcional al importe de la contrata. Esta sería una contribución justa; tan justa como los derechos que se imponen sobre cada boya de azúcar que se exporta. Castigásemos severamente a todo el que eluda esta disposición, y además decidásemos toda la contrata que no lleve su respectivo sello. Muy pronto se verá el buen resultado de la medida. Y si hay especuladores atrevidos, de esos — como tantos vemos por ahí — que se han enriquecido en breve tiempo con las calamidades públicas, por lo menos pagarán la justa contribución por la industria que ejercen y por el capital que invierten en ella; y esa suma adicional que entrará en las arcas del Tesoro, y que será de mucha consideración si los especuladores continúan sus operaciones, contribuirá a aliviar la carga que hoy gravita sobre todos los demás ramos de actividad mercantil, así como sobre la industria y la agricultura, y de que la especulación se ha la hasta ahora libre.

Otras medidas podrían también adoptarse; pero por hoy nos limitamos a lo que acabamos de indicar. Adóptense cuantas otras se le ocurran a la Superior Autoridad, y se verá cuánto disminuye el escándalo del oro que, libre de todo trabajo, corre hoy desbordando no sabemos dónde. — R.

lano Colomero Sr. D. Rafael de Rafael, Director de La Voz de Cuba, y el Sr. D. José V. Foz, redactor del *Diario de la Marina*.

Después de cantarle un responso en la capilla del cementerio de la villa, fué depositado el féretro en la sepultura, despidiendo el duelo el Sr. D. José de Zúrate, padre político del difunto.

Descanse en paz?

A la greña.

Los especuladores de oro andan ya de tal modo, que si pronto no se les pone coto, sus abusos, desmanes y dislates acabarán especulación como al rosario de la naturaleza.

Anteayer anduvieron dos trompazos en medio de la calle de San Ignacio, de resultados de una operación en la que uno de ellos salió engañado.

Ayer se repitió una escena parecida en la calle de O'Reilly, pero la cosa salió algo más a la calca de la anterior.

Los hombres que se dedican a ella y la sostienen, son casi todos corredores intrusos que ejercen su profesión ilegalmente. En tiempo de la "gloriosa," el gobierno de Madrid expidió un decreto declarando libre el ejercicio de la correduría; pero este mal pensado decreto, que bien prácticamente hemos visto los malos efectos que producía, se ha dejado sin efecto, y las cosas han vuelto, en este particular, a su anterior estado. Por consiguiente, si esa libertad de profesión era legal antes de esta última disposición, hoy no lo es, y el mal uso que de ella se ha hecho y hacen todavía los que de ella se aprovechan, bien avería que, en cumplimiento de la ley, no se permita por más tiempo su continuación. Cúmplase la ley en este particular con todo rigor, y pronto se verá como va disminuyendo el escándalo del oro que tantos daños está causando.

Esto por lo que hace a los agentes intrusos. Con respecto a los especuladores le ma la ley, fácil sería también atarlos corto y disminuir sus ruinosas operaciones. La especulación licita el especulador del oro, que esos hombres lo hacen. Si se considerara tal vez esa especulación como un ramo permitido de comercio? Sea enhorabuena; pero entonces, supuesto que es lucrativo, que pague al Estado las contribuciones que todas las profesiones y ramos del comercio y de la actividad productiva pagan en la actualidad. ¿No es una anomalía que el ramo de especulación de comercio — si como tal hemos de considerarlo — manifestándose hoy y en el que, aparentemente por lo menos, tan grandes capitales se invierten, esté libre de toda contribución?

Se preguntará tal

CASAS DE SALUD, HUESPEDES Y FONDAS. QUINTA DEL REY. DE RAMON VILA. Desde 15 de Mayo proximo registrará la siguiente tarifa.

ESTABLECIMIENTO HIDROTHERAPICO. D. E. BELLOT. En este establecimiento, a la altura de los mejores de Europa, existen las aguas que en sus frentes de San Diego, Matagorda, Barajas, etc.

GRAN HOTEL DE ACCLIMATACION EN EL VEDADO. El antiguo cuartel de este establecimiento, situado en las frentes y pintorescas playas del Vedado, tiene un hermoso jardín de recreo y en particular a sus alrededores, que han sido convertidos en un jardín de recreo.

DE MAQUINARIA. MAQUINAS DE COSER de Weller & Wilson. Se agencian para la Habana, Matanzas, Cardenas y Cienfuegos.

CUBA 94. Se vende una máquina de vapor. Se da a precio de fábrica. 83 y 84.

REBAJA DE PRECIOS. Depósito general para toda la Isla de Cuba calle del OBISPO N. 90.

TRENES DE LIMPIEZA. EL ASTURIANO. TREN DE LIMPIEZA DE LETINAS, POZOS Y SUMIDROS DE JOSE ARIAS.

PRELUDIOS DE UNA TEMPESTAD. Pina, pino! Dios que sarcasmo se arma entre el mar y la tierra.

Capítulo XV. José salió del palacio de Malvar en un estado de agitación que el mismo no había previsto.

LOS MARTES, MIERCOLES, JUEVES Y VIERNES DE ONCE A UNA. VACUNA DIRECTA DE VACACA.

MAQUINAS DE IMPRIMIR. Se venden por separado o al por mayor, las máquinas de imprimir de todas clases.

LIQUIDO ANTI-HIDROPICO. Se vende por separado o al por mayor, el líquido anti-hídrico de todas clases.

GRAN HOTEL DE ACCLIMATACION EN EL VEDADO. El antiguo cuartel de este establecimiento, situado en las frentes y pintorescas playas del Vedado, tiene un hermoso jardín de recreo.

DE MAQUINARIA. MAQUINAS DE COSER de Weller & Wilson. Se agencian para la Habana, Matanzas, Cardenas y Cienfuegos.

CUBA 94. Se vende una máquina de vapor. Se da a precio de fábrica. 83 y 84.

REBAJA DE PRECIOS. Depósito general para toda la Isla de Cuba calle del OBISPO N. 90.

TRENES DE LIMPIEZA. EL ASTURIANO. TREN DE LIMPIEZA DE LETINAS, POZOS Y SUMIDROS DE JOSE ARIAS.

PRELUDIOS DE UNA TEMPESTAD. Pina, pino! Dios que sarcasmo se arma entre el mar y la tierra.

RETENCION Y CURA DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

GALLIANO 101 BOTICA NUEVA. DE D. LUIS LE RIVERANT. 106 AGUIAR 106.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

DE LAS QUEBRADURAS POR MEDIO DE LOS APARATOS HOOD. PREPARADO POR DON LUIS LE RIVERANT.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

AGUA TROPICAL. MARAVILLOSA, DE SALIAS. LO MEJOR CONOCIDO. PARA HERMOSEAR EL CUTIS.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.

GRANDES ACONTECIMIENTOS EN LA PELETERIA LAS VARIETADES. NEPTUNO 79.